

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs..

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Favor con favor se paga, por D. Julian Castellanos.—*A la fé*, poesía, por Doña Eladia Bautista y Patier.—*La Niña*, por D. Adolfo Llanos y Alcaráz.—*Mas bella*, poesía, por D. José Puig Perez.—*El drama, la ópera y la zarzuela*, por D. Enrique Domenech.—*Por ser romántica*, novela, por doña Rogelia Leon.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—*Modas, correo de señoritas*, por Doña Joaquina de Carnicero.—*Esplicacion del figurin*.—*Esplicacion del pliego de lencería*.—*Variedades*.

Pliego duodécimo de 16 páginas de *Cárols y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

FAVOR CON FAVOR SE PAGA.

EL GALAN FANTASMA.

I.

La noche era cerrada, fria y oscura.

La voz de la tormenta asordaba el espacio.

La luz cárdena del relámpago alumbraba con su fantástico fulgor el firmamento encapotado, y la tierra envuelta en un manto de densas tinieblas.

El agua azotaba con fuerza las calles y los tejados de Valladolid que yacia en un sueño profundo.

Las calles estaban desiertas, ni ronda, ni enamorados se atrevian á desafiar los horrores de la noche.

La ciudad parecia un cementerio, á pesar de que en su recinto se abrigaba á la sazón el ejército comunero que mandado por D. Juan de Padilla habia conseguido arrancarla del poder de las tropas imperiales.

La lluvia era cada vez mas fuerte, el viento mugia y la tormenta desplegaba con mas fuerza su poderoso aliento.

Quien no haya viajado en una de esas terribles noches cuando la oscuridad es palpable, densa; cuando la llama sulfurosa del relámpago que deslumbran nuestros ojos es la única antorcha que nos muestra el camino y que aprovechamos para fijar con seguridad nuestra planta; cuando la lluvia impedida por el viento nos azota el rostro, calándonos hasta los huesos, y los espumosos arroyos que descienden á los bajos del valle desde las gargantas de las colinas cierran nuestro paso; cuando el trueno

rueda airado en el cielo y los huecos y las quebraduras del monte repiten con eco cóncavo y sonoro su voz potente, majestuosa: cuando el rayo serpea sobre nuestra cabeza, convirtiendo en ceniza la secular encina y el gigantesco pino, no puede formarse una idea siquiera de los horrores de una noche de tormenta.

Pero volvamos al asunto principal de nuestro cuento.

Hemos dicho que Valladolid se encontraba sumida en el sueño mas profundo, que ni las rondas ni los galanes se veían en las calles, y nos hemos equivocado.

Bajo el pórtico bizantino de un monasterio que se encuentra en una pequeña plazoleta, procurando resguardarse de la acción del agua, que impelida por el viento se estrella en las columnas y el muro de granito de aquel austero asilo, se distinguen, observando con cuidado, tres hombres, cuyos rostros se hallan ocultos con los embozos de sus largas capas.

—Me parece, amigo Peralta, decía uno de los tres, que lo que es esta noche el misterioso galán de la niña blanca no tiene pensamiento de dejarse ver.

La puerta y las ventanas están cerradas á piedra y lodo, y creo que despues de tanta espera no tendremos que volver á nuestra posada calados hasta el pellejo, y con una gran dosis de paciencia perdida.

—Peralta ve muchas veces visiones—repuso otro.

Los celos le hacen estraviarse; al diablo se le ocurre presumir que esa esquivá vallesolitana, cuya altivez y desabrimiento son proverbiales, reciba dentro de su casa, á deshora, á ese galán fantasma cada tercera noche; y es doble peregrino todavía que, cubierto con el embozo, asegure que el tal galán es uno de esos serviles soldados del condestable.

—Callad, mentecafos,—repuso Peralta que habia sufrido hasta entonces en silencio las pullas de sus amigos,—cuando yo afirmo una cosa, motivos fundados tengo para hacerlo.

Ese galán fantasma, como vosotros decís, penetra en la ciudad cada tercera noche burlando la vigilancia de los centinelas que guardan el muro, y permanece en esa casa hasta una hora antes de amanecer.

Luego vuelve, del mismo modo que penetró, á salir al campo, donde, tomando un brioso alazan que deja oculto, parte y se aleja rápido como el viento.

Esto es en lo que yo apoyo mis sospechas, y esto

es seguro, porque lo llevo observado ya por espacio de algun tiempo.

—Callad, Peralta; ¿no distinguís allí, junto á la fachada de aquella casa, un bulto que avanza rápido y silencioso?

—Es verdad, él es, no hay duda, atajémosle el paso.

Los tres amigos se lanzaron á la calle con el propósito de reconocer al misterioso galán, pero su intento fué inútil; pues mientras ellos atravesaban la plazoleta, el embozado llegó á la puerta de la casa, y penetró en ella rápidamente.

Detrás de aquella puerta se encontraba la niña blanca, esperándole como de costumbre.

Peralta y sus compañeros, viéndose burlados, decididos á todo, se volvieron á su puesto, resueltos á saber á toda costa quién era y á qué venía aquel hombre cada tercera noche, y de una manera tan misteriosa, á aquella casa.

II.

La tormenta habia cesado.

La noche estaba próxima á espirar, y los primeros fulgores del crepúsculo matutino, se mostraban en el espacio.

El aguacero habia sido reemplazado por una lluvia tranquila y constante.

Peralta y sus dos compañeros seguían bajo el pórtico, embozados y silenciosos.

Por fin, la puerta de la casa de la niña blanca giró sobre sus goznes, y el misterioso encubierto apareció en ella.

Los tres amigos se arrojaron á él con la ligereza del tigre, que esperando en acecho durante largo rato á su presa, ve llegada la ocasion oportuna.

Pero el misterioso embozado contaba ya con aquella acometida y salia prevenido, de modo que recibió el ataque disparando un pistoletazo á quemarropa con la mano izquierda, y mostrando en la derecha la hoja de su espada.

El tiro no produjo más resultados que escitar la cólera de los acometedores, que cerraron á tajos y estocadas con el encubierto.

Pero este era diestro, y su espada, si no hería, se encontraba pronta para repeler, parar y atajar todos los golpes.

Mas poco puede un hombre, por diestro y valiente que sea, si le acometen tres tan diestros y valientes como él.

Por eso, pues, á pesar de su bravura, de su agilidad y de su destreza, el encubierto herido ya, iba perdiendo terreno é internándose en la casa, acosado, sin descanso, sin tregua, por sus adversarios.

En el zaguan, en medio de los combatientes, con una lamparilla de cobre en la mano, veíase una joven bellísima, mal envuelta en una ancha bata de un color azulado oscuro, que desgredada y pálida das gritaba pidiendo socorro.

Pero su voz se perdía entre el ruido de las espadas y los juramentos de los contendientes.

Un ¡ay! de muerte salió de los labios del acometido, que rodó en tierra atravesado el pecho de una estocada.

—Deteneos, gritó con acento de trueno un caballero que atraído por el crujido de las armas apareció en el dintel de la puerta.

Al reconocerle los acometedores, bajaron las espadas y se descubrieron.

El recién venido era D. Juan de Padilla, jefe del ejército comunero, al cual pertenecían aquellos tres hombres.

Su llegada había sido, por desgracia, demasiado tarde.

—¡Perdon para mi pobre hermano! señor, gritó la joven aquella, asiéndose á las rodillas del capitán de Toledo.

Padilla, enterado por sus soldados de lo sucedido, y sabiendo por boca de aquella desgraciada joven que el herido era su hermano, que sirviendo á la sazón en el ejército imperial, venía sin reparar en riesgos cada tercera noche á visitar á su padre anciano é impedido, arrastrado por el cariño que profesaba á su familia, no pudo menos de conmoverse, é interesándose por aquel buen hijo, ordenó que fuese asistido y cuidado con el mayor esmero, acudiendo á visitarle con frecuencia.

Restablecido completamente, D. Juan le dejó en libertad de volver á sus banderas, facilitándole un orden para que pudiera venir sin riesgo alguno á visitar á su familia.

LA FUGA DE LA PACHECO.

III.

El tiempo se ha deslizado sin sentir, y la bandera de las comunidades, radiante y victoriosa en mejores días, ha sido desgarrada por la mano del destino.

Villalar había sido la tumba de las libertades castellanas.

El noble, el bizarro, el pundonoroso caballero Juan de Padilla, ha sellado con su sangre, derramada inhumanamente por el hacha del verdugo en un afrentoso cadalso, su fé, su abnegación por la santa causa que defendía.

Millares de comuneros han sufrido la misma suerte que su desgraciado jefe.

El cadalso ha sido alzado en todas partes, y torrentes de sangre generosa han sido vertidos por los secuaces del tirano, sedientos de venganza.

Toledo ha sido teatro de terribles escenas, y en sus calles, en sus plazas y en sus muros humea aun la sangre de sus hijos, que lucharon hasta exhalar su postrer aliento en defensa de sus fueros hollados, de su libertad coartada, escarnecida por la mano de venales extranjeros.

La noble viuda de Padilla, la célebre doña María de Pacheco, con un valor y una constancia admirables, les ha guiado alentándoles en la lucha.

Pero cuantos esfuerzos han hecho han sido infructuosos.

Los pueblos, para vencer, necesitan unirse, y Toledo ha quedado solo para hacer rostro á las huestes triunfadoras del Emperador, orgullosas por haber herido con su espada la frente de las demás ciudades comuneras.

Toledo ha tenido también que rendirse después de un largo asedio; pero sus hijos no han depuesto las armas sin que una capitulación honrosa les sirva de garantía.

Pero esa capitulación ha sido quebrantada por el vencedor, y los toledanos han luchado dos días consecutivos con el furor de la desesperación por recobrar sus derechos, pero todo ha sido inútil.

La desgracia sigue á sus armas; y arrollados, rotos y vencidos fueron encerrados en sus casas por los soldados del Prior de San Juan.

Doña María de Pacheco, tenida por autora de aquel último atentado, es mandada prender, y la noble señora se oculta en el monasterio de Santo Domingo, burlando así las pesquisas de sus perseguidores.

IV.

Declinaba el sol, ocultando sus últimos rayos tras las colinas que cercan á Toledo.

Los campesinos tornaban á la ciudad, y por la

puerta del Cambron salian con direccion á la vega, cabalgando sobre asnos, dos aldeanas acompañadas de un fornido mozo.

Una fuerte guardia de soldados imperiales guardaba aquel puesto, pues se sospechaba que la Pacheco hallábase oculta en la ciudad, como igualmente sus principales adictos, y los agentes del Prior redoblaban su celo y sus pesquisas con objeto de que no se les escapase tan deseada presa.

Ya habian repasado la puerta las aldeanas sin mas obstáculo que algunas flores groseras y picantes, lanzadas por los de la guardia, cuando al descender á la Vega, un cabo que hablaba con varios soldados, al ver á la que representaba mas edad, y la cual llevaba el rostro casi oculto con la toca, exhaló un ¡ay! de sorpresa casi imperceptible, pero que, á pesar de eso, fué notado por sus compañeros.

—¿Qué os sucede? exclamaron los que le rodeaban.

—Nada, amigos, contestó reprimiéndose y procurando aparecer sereno; esta maldita herida que tengo en el pecho, y que de tiempo en tiempo me hace recordar que existe; pero, segun me aseguró un médico judío, el vino blanco es un bálsamo especial para esta clase de cicatrices, venid y aunque el médico me lo recetaba en paños, lo tomaremos á vasos y causará el mismo efecto.

Los soldados aceptaron la invitacion, y al poco tiempo los brindis y las risas se escuchaban en el cuerpo de guardia.

Aquel cabo era el jóven á quien Padilla protegió en Valladolid, y el cual habia reconocido á su noble viuda bajo el disfraz de aldeana con que lograba evadirse de Toledo.

Aquel jóven, reconocido á la atencion del jefe comunero, pagaba una deuda de gratitud á la memoria del ilustre mártir.

Devolvía favor por favor.

JULIAN CASTELLANOS.

A LA FÉ.

Flor que en el pecho del mortal plantada
Te alientas con el soplo del Señor,
Y al abrir tu corola delicada
Prestas al alma celestial olor.

Cuando por vez primera el sol que brilla
Desde la cuna el hombre ve alumbrar;
Lanza Dios en su pecho tu semilla
Y la hace con su gracia germinar.

El niño crece, y á la vez tu planta
Frondosas ramas estendiendo vá,
Y al corazon con el capullo encanta
Que á ti por flor al desplegarse da.

Y eres la flor que llena de hermosura
El alma adorna con sus galas mil,
Tu miel es la mas dulce, la mas pura,
Que de virtud se liba en el pensil.

Tu eres madre de todas las virtudes,
La paciencia de tí brotar se vé,
En su infortunio triste al hombre acudes,
Y nace la esperanza de la fé.

El oro que avarientos codiciamos
Nos dices que de Dios es la bondad,
Llega el mendigo, nuestro pan le damos,
Y es hija de la fé la caridad.

¡Cuán hermosa es la fé, Dios infinito!
¡Oh cuán bello es creer que trás de aquí,
Tras esto tan pequeño, tan finito,
Goce en la eternidad se encuentra en tí!

¡Oh cuán dulce es creer que nuestros vicios
Perdonarás con tu paferno amor,
Y en cambio á nuestros leves sacrificios
Un premio les reservas, una flor!

¡Oh qué grato placer el alma siente
Creyendo que no muere la virtud,
Y que vive en el hombre eternamente
Esa planta de vida y de salud!

Mas ¡ay! ¡del corazon ya va faltando
De todas las virtudes la mejor!
Los pasos que da el hombre, van hollando
La tierna planta de tan bella flor.

Secos los corazones ya no tienen
Jugo para poderla mantener,
Y sus marchitas ramas no contienen
Sino flores que están para caer.

Mas aun hay almas que su esencia pura
Quieren con las potencias percibir,
Y corazones en que está segura
La hermosa planta para no morir.

Yo percibo tu aroma, flor preciada,
Yo te sentí en mi pecho germinar,
Deja que tu fragancia delicada
Pueda siempre mi espíritu aspirar.

Y si amargos y tristes los sucesos
Secan alguna vez mi corazon,
El jugo roba de mis pobres huesos
Y préstale á tu tronco su sazon.

Que con la gracia, celestial rocío

Que te baja del cielo á mantener,
Podrás tu refrescar al pecho mio,
Y al corazon la vida devolver.

Mula 1863.

ELADIA BAUTISTA Y PATIER.

LA NIÑA (1).

¿Qué es una niña?

Un ángel á quien el mundo corta las alas para
que no pueda volar al cielo.

Un fuego fátuo.

Una mariposa.

Una brisa de primavera.

¿No la veis?

Corre, salta, revolotea, se aflige, se burla, canta,
llora; todo al mismo tiempo.

Nada más encantador que ese lindo juguete á que
llamamos *niña*.

Alma virgen, que al ensayar los primeros pasos
en el mundo lo contempla soñando; entre sonrisas,
entre flores, sin sentir otra cosa que el gozo dentro
del pecho, y en la frente el tibio aroma de los ósculos
maternales.

¿No la veis?

Parece que toca la tierra solo con las puntas de
los piés, como si temiera sepultarse en el fango;
como si una mano invisible la suspendiese desde el
cielo, desviando los abrojos que pueden lastimarla.

Todo en ella es puro, inofensivo y cándido; todo
verdadero; todo inocente.

Verdad é inocencia, cosas ambas que no hallando
albergue entre los hombres, han tenido que refu-
giarse entre los niños.

¡Oh! La infancia es el primer escalon de la feli-
cidad.

¿Dónde estarán los demas escalones?

Pero, ¡ay! esto dura poco, muy poco.

La niñez del siglo XIX pasa rápida como el vapor
y la electricidad.

Hoy á los diez años, ¿qué digo? á los ocho, antes
todavía, las niñas se trasforman en pequeñas mu-
jeres.

(1) Este artículo pertenece al libro titulado *La Mujer en el siglo XIX*, el cual se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias.

Las palabras y ademanes revelan el deseo de ser
tenidas en algo más de lo que son.

Hablan, discurren y murmuran con una libertad
y donaire, de que se hubieran asustado en el si-
glo XVIII las mujeres de veinticinco años.

Con más penetracion y más talento que los niños,
arreglan los juguetes y trajes de sus muñecas como
podiera hacerlo en su casa y con sus hijos una ma-
dre de familia.

Ya no hay precocidad que admire: es muy co-
mun ver niñas de diez años que, bien ó mal, cantan,
dibujan, bordan, entienden un par de lenguas, y
muestran en sus facultades el más completo desar-
rollo.

Son niñas por la forma, el traje y las costumbres,
pero su vanidad, carácter é ideas, descubren á la
mujer tal como ha de ser en lo venidero.

Ya saben ruborizarse con estudio, coquetear, cui-
darse de las modas, hacer burla de todo, y emplear
irónicamente lo maligno de su descaro.

Aparte del saber, que solo se adquiere con el
tiempo, una niña de hoy me parecé una vieja.

Una vieja de buen humor.

Vieja que grita y rie; pero que raciocina.

Yo encuentro á cada paso viejas que hablan como
las niñas, y niñas que discurren como las viejas.

Hoy se oyen en boca de la infancia cosas que
aturden. No hace mucho doblaba yo la esquina de
cierta calle en compañía de uno de mis amigos,
cuando tropezó este con una criatura, á quien su
madre llevaba de la mano, y la pisó inadvertidamen-
te. Era una niña raquitica, microscópica, que todo
lo más podría tener cuatro años, y de quien solo
debía esperarse un grito de dolor si el daño lo oca-
sionaba. Pero ella no lloró; levantó la cabeza, fijando
en mi amigo una mirada de cólera, y con voz que no
parecia salir de áquel cuerpo, gritó desafortada-
mente:

—¡Bárbaro!

—Hé aquí un bárbaro sublime.

¡La respuesta más admirable, más elocuente de
la debilidad maltratada por la fuerza; el reproche
más sangriento, y la más amarga de las reconven-
ciones!

Después de oido «ese bárbaro» creo de una niña
cuanto puede creerse de una mujer.

Sin embargo: ¡qué diferencia!
En las palabras, modales y agudezas de la niña,
hay un atractivo irresistible.

No se pueden mirar sus cosas sino con los ojos
de la bondad.

Sus mismos defectos causan nuestras delicias.

Y es porque todo lo suyo tiene un perfume de ingenuidad y dulzura que hace asomar la sonrisa á los labios.

La alegría del niño es contagiosa, y la tristeza también.

En medio de los dolores, el gozo del niño parece un consuelo; una gota de bálsamo que cae sobre la herida.

En medio de los placeres, el llanto del niño parece una mancha; una nube que oscurece el sol de la ventura.

Pero las lágrimas de los niños no son lágrimas; no las vierten porque el pesar se las arranque, sino porque están aprendiendo á llorar.

«El rostro es el espejo del alma,» dice un proverbio.

Sin duda su autor al pensarlo estaba mirando el rostro de un niño.

Llevan el corazón en los ojos; piensan lo que sienten; dicen lo que piensan, y creen en lo que dicen.

Los sentimientos de un niño se adivinan á través de sus palabras, como á través de las limpias aguas de un arroyuelo se ven las piedras del fondo.

Aunque quieran fingir no engañan nunca.

Fingen con los labios, y se desmienten con los ojos.

Parece que la mentira no es bastante poderosa para avasallar sus espíritus.

Se ruborizan cuando quieren disimular.

Si dicen algo malo, lo dicen con gracia.

Si hacen algún mal, lo hacen con inocencia.

Y es porque la infancia conserva en medio de todo esa sencillez é ignorancia dichosa, esa verdad, que solo existe mientras se desconocen los desengaños y miserias del mundo, y que nos hace esclamar tantas veces: «¡Quién fuera niño toda la vida!»

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

MÁS BELLA.

Más bella que la nube
Que en blanco manto de vapor cubierta
El éther impalpable separando,

Flotando va ligera;

Más bella que la luna,

Que el ancho espacio de zafir pasea
Bordando el traje de la noche oscura
De plata y perlas;

Más bella que el sol mismo

Cuyos rayos en luz al orbe anegan,
A su paso eclipsando los fulgores
Que irradian las estrellas;

Es la faz de la niña

En quien mi corazón su amor venera,

Y aun más que su faz encantadora

Su alma pura es bella.

JOSÉ PUIG PÉREZ.

Alcoy y octubre, 1864.

EL DRAMA, LA OPERA Y LA ZARZUELA.

«La civilización adelanta», se oye repetir por doquier, y así es en efecto; porque en las leyes inmutables de la naturaleza está marcado el adelanto progresivo de la sociedad que nunca pára, que nunca se detiene, que nunca descansa en su vía del progreso.

Pero en España, ¿adelanta tanto como debiera? Lleva la velocidad marcada por reglamento, digámoslo así, puesto que siendo el siglo del vapor, se la puede comparar á una locomotora cuyo maquinista tiene marcados los grados de fuerza y velocidad que ha de dar á la máquina. Por otra parte, ¿presenta nuestro siglo las muestras de su adelanto, de su progreso, de su velocidad?

Creemos que no.

El teatro se ha considerado siempre y en todos los países, como el elemento más poderoso de la civilización, como la antorcha que ilumina las tinieblas de la ignorancia, cuyos reflejos han ido abriéndose paso entre el caos, difundiendo por doquier una claridad tanto mayor, cuanto mayor era la ilustración de aquella sociedad, de aquel pueblo, de aquel país.

Cuando un país estaba en la noche de sus tiempos, cuando no tenía la menor idea de civilización, cuando no conocía la sociedad, cuando el hombre andaba errante sin más ocupación que la caza y sin más afición que la de sí mismo, el teatro no existía, el teatro no se conocía.

Era una noche completamente oscura en que no

se distinguía ni siquiera una estrella que le indicara á qué altura del globo se encontraba.

Cuando en aquel país cesaba la noche y llegaba el crepúsculo, cuando el hombre en la caza ya llevaba la intención de alimentar á sus hijos, á sus mujeres, á sus hermanos; cuando ya en los ratos de descanso hablaba con el de las chozas inmediatas, y se formaron tribus y se estableció por fin la amistad, el trato, la sociedad, al poco tiempo apareció el teatro.

Teatro tan rústico como los habitantes de aquel país, tan informe como las costumbres de aquellos, tan impropio como sus brutales instintos; pero servía ya de faro que indicaba á considerables distancias que allí se había sembrado la primera semilla de la civilización, que allí se había sentado la primera piedra para el grandioso edificio de la sociedad.

El pueblo adelantó, se instruyó, se hizo grande, y el teatro creció, se ilustró, se hizo grande.

El pueblo creció más, se hizo poderoso, y el teatro creció también, se hizo magnífico.

El pueblo aquel estaba todavía en el desierto entre palmeras y chozas, y el teatro estaba también en el desierto, en el suelo, entre palmeras y chozas.

El pueblo ordenó las chozas, hizo calles, formó lugares, los engrandeció y se encerró entre murallas.

El teatro ordenó sus funciones, se elevó sobre un tablado, cultivó el gusto, aumentó los personajes que habían sido uno ó dos, se hizo grande, y se encerró en un edificio.

Aquel faro que era una luz opaca, débil, densa, se hizo viva, fuerte, clara. Aquel faro de octavo ó noveno orden, llegó á ser de tercero ó cuarto.

El pueblo caminó luego, la civilización adelantó, y el teatro se perfeccionó.

El faro era ya de primer orden.

Ahora bien: Si el teatro demuestra el grado de cultura de cada pueblo, ¿podremos decir que en España estamos en el apogeo de la civilización, de la cultura, de la ilustración?

¿Indica nuestro teatro, con relación á las demás naciones de Europa, que caminamos con el siglo, que seguimos la velocidad del progreso, que respondemos á la voz de la naturaleza para seguirla por el camino del adelanto?

No, mil veces no.

En España el teatro está en un estado de decadencia espantoso. En España no hay hoy teatro español, no hay arte propio.

El país de Lope, Calderon y Moratin, está viendo reducir á polvo la última hoja de laurel correspondiente á la corona de aquellos hombres.

El país que dió reglas á los demás, que dió modelos, que dió el ejemplo, se encuentra sin teatro hoy, y ve con los ojos arrasados en lágrimas, que el arte escénico español está marchando al sepulcro, después de pasar por una vida de profanación y bajezas que le envilecen y hacen avergonzar á sus admiradores.

Ya hace muchos años que se notaron los primeros síntomas de tan terrible enfermedad.

La literatura dramática invadió la imaginación de muchísimos jóvenes.

Algunos de éstos, con sus producciones rastreas, inmorales y traspirenáicas, invadieron el teatro.

Los buenos poetas se retiraron.

El público principió á disgustarse.

Los empresarios vieron en peligro sus arcas y desmembraron las compañías, fraccionaron los cuadros, que antes eran completos, y con el personal de un teatro, abastecieron á tres.

Seis actores por lo menos de aquel primitivo cuadro, se hicieron primeros actores, á pesar de no haber sido antes más que segundos ó quizás terceros.

Los nuevos primeros actores no quisieron ya sujetarse á representar el papel que por carácter les correspondía. Quisieron el derecho de elección, y el primer actor, con ser primero, ya estaba dispensado de tener carácter. En su concepto debía hacer, y lo hacía, el papel más notable de la obra dramática, siquier fuera un terrible característico y él no fuera más que un joven de 20 años, ó fuera un papel de género cómico y él no hubiera servido nunca más que para hacer llorar. Si la obra no tenía ningún papel de la importancia que él deseaba, la obra no se hacía, porque decía: *no tengo en ella papel para mí.*

El teatro, pues, estaba enfermo, estaba herido.

Así lo comprendió el gobierno, y conociendo lo que dejamos apuntado al principio de este artículo, trató de poner remedio á aquel mal, siempre en aumento, y resolvió crear un Teatro Nacional en donde fomentasen el gusto, tanto el público, como los actores y los poetas. Un teatro en donde no se representara una obra que no fuera aceptada por un entendido y escrupuloso comité que cuidara de que las obras reunieran tres cualidades indispensables de todo punto: moralidad, originalidad y pureza literaria, para las cuales podrían también proponerse

certámenes que estimularan y alentaran á trabajar con reflexion y provecho.

Un teatro en donde todos los actores ocuparan plazas fijas que se proveyeran, indispensablemente, por rigurosa oposicion entre aspirantes que llenáran anticipadamente ciertos requisitos que determináran los reglamentos.

Que la orquesta y todas las plazas, en fin, muy en particular la de pintor escenógrafo y maquinista, se proveyeran por oposicion tambien.

Y, por último, que el teatro se arrendara en pública subasta, obligando al mejor postor á cumplir todas las condiciones del reglamento, á aumentar el decorado con dos ó tres decoraciones nuevas completas cada año, y á ceder al archivo dos ejemplares de cada una de las obras que se representáran, vigilado siempre por un delegado del Gobierno.

El pensamiento fué acogido con entusiasmo por todos, se construyó el edificio á espensas de la nación, derrochando miles de duros, se subvencionó además por el Gobierno, y ya construido, resultó ser, en vez de teatro dramático español, teatro lírico italiano.

Un teatro extranjero, costeado y patrocinado por el gobierno, mientras deja morir el arte español víctima de una temible enfermedad, cuyos síntomas conoció, indicándole el triste porvenir que le esperaba y que manifestó querer remediar, haciéndolo por desgracia al revés.

El arte lírico italiano es muy bueno, muy grande, muy digno; pero despues de tener asegurado nuestro arte, despues de tener formado nuestro teatro y nuestro gusto; despues de asegurar á un poeta que si escribe una obra digna se premiará su trabajo, no sucediendo lo que ahora, que quizá habrá quien tenga escrita alguna obra muy buena y no la pueda representar por no encontrar un empresario que se la quiera leer: despues de asegurar tambien al actor bueno su recompensa, su porvenir, y despues, en fin, de tener buenas escuelas de declamacion, en donde se dote al actor alumno de los mil conocimientos que le hacen falta y que hoy día no tienen la mayor parte.

Se nos dirá: ya hay un conservatorio de música y declamacion.—¿Y esto basta? ¿Qué alumnos se admiten allí? ¿Qué carrera se hace con aquellos estudios? ¿Qué artistas salen de aquel?

Las necesidades son mayores, más imperiosas.

El arte, tan en decadencia hoy, necesita más

proteccion, más escuelas, más recursos, más voluntad por parte del Gobierno y de los actores-maestros.

Un conservatorio como le hay hoy, apenas llena más que el nombre, apenas satisface más que al objeto que se podia proponer un particular apasionado al arte, que fundára con su dinero una escuela, como ha hecho el célebre Ronconi, que, en vez de retirarse á dormir sobre sus laureles, rodeado de la opulencia que le ha proporcionado su talento, invierte su riqueza, sacrificando su descanso, en enseñar á todos los jóvenes que quieren dedicarse al sublime estudio de la música.

¿Y un gobierno no puede hacer más que un particular?

¿No se crean hoy carreras que hasta ahora han sido simplemente empleos? ¿Por qué no se crea la carrera de declamacion?

Por el tiempo que vimos convertirse el teatro nacional en teatro lírico italiano, y cuando principiaba á hacerse moda el ir á dicho teatro, titulado hoy *el Real*, apareció un género ambiguo, inconexo, ridículo, llamado *Zarzuela*, que quiso aclimatarse en España con la necia pretension de llamarse con el tiempo, tiempo que no ha llegado, *Ópera española*.

Esto era un nuevo golpe contra el arte dramático si por desgracia aquella planta indígena se aclimatava en España.

El gobierno entonces tambien, á pesar de no tener un teatro dramático español y de ver la decadencia de aquel divino arte, contribuyó á levantar un teatro para dar culto á la zarzuela.

La zarzuela era un género misto, ó mejor dicho, un género neutro; y como el neutro solo existe en la imaginacion y sirve para indicar las cosas que no pertenecen á un género ni á otro, no pudo vivir más tiempo que el que necesitó para darse á conocer, demostrar su ridículo y morir. Sus mismos padres la abandonaron al poco tiempo, y hoy solo queda su sombra.

Sin embargo, no murió tan pronto que no llevara su maléfica influencia á todos los teatros de provincia, en donde el mal que reinaba en el arte dramático, se aumentó considerablemente con aquella nueva huésped que acostumbraba al público á las sandeces y á las tonterías, pervirtiendo el gusto y poniendo en tin conflicto á lo poco que quedaba del arte dramático.

El gobierno seguia y sigue quieto en asunto de

tan vital interés, y hoy día se ve el drama arrojado á la calle y pordioseando, mientras se ven ocupados sus templos todos por la zarzuela y la ópera.

La zarzuela en su postrera agonía se ase á todas partes como el infeliz que se ahoga y le dan un objeto para que se acoja á él y se salve. Todo lo recorre, todo lo invade: es como la gangrena que se filtra en la sangre, se mezcla con ella, recorre todos los vasos, todas las artérias, hasta que llega al corazón y mata.

La ópera, protegida por el gobierno, admitida por la alta sociedad, se ha hecho al propio tiempo objeto de moda.

Se oyen buenos artistas y excelente orquesta, se nota gran lujo en el local y propiedad en el decorado, y como esto no se puede encontrar en los demás teatros, por las razones que llevamos espuestas, claro es que el arte dramático ha de ir muriendo al paso que vaya aumentando en poderío el lírico italiano.

En provincias, en su afán de imitar á la grandeza y al gobierno, han protegido también la ópera, y rara es la población de alguna importancia en la que no haya compañía de ópera, mientras que dramática, si la hay, es reducida, incompleta y heterogénea, es decir, de partes diseminadas que no concuerdan en clases, caracteres ni categorías.

Lo repetimos, y no tememos hacernos molestos. El arte dramático español está herido de muerte.

Es muy urgente un remedio.

La música es una cosa muy buena, muy recomendable para la instrucción del pueblo; pero primero el teatro español, luego la ópera. La zarzuela, nunca: dejarla morir y luego probablemente, cual otro fénix, renazca de sus cenizas la ópera española.

ENRIQUE DOMENECH.

POR SER ROMÁNTICA.

(Continuacion.)

Cuando escuchas que llora ante tus rejas
Un tierno corazón que por ti muere,
¡Asómate, mujer! ¡alma mis penas
Y ama este ser que con delirio siente!
— ¡Él es! ¡Él es! gritó Elena, y casi cayó desmayada
por la emoción.
¡Al fin le hallé! ¡Gracias, Dios mío, gracias!...
¡Poeta! ¡Oh qué nombre tan hermoso! y poeta por

mí, como el Petrarca por Laura, como el Tasso por Leonor!

¡Oh! no mata la felicidad, cuando yo no muero.

Los versos parecieron á la niña, aunque tenían todo el gusto desabrido de los de un principiante, el más lindísimo poema del Tasso, el canto más perfecto de cuantos había leído. Porque Elena amaba la poesía, y solo estos libros prefería á veces á sus queridas novelas.

Después de leer cien y cien veces los versos que anteceden, se asomó otras tantas á los balcones por ver si descubría aquel ser adorado; pero nada, no pareció en todo el día.

¡Qué vulgares eran cuantos pasaban por la calle!

¡Qué modales tan bruscos y sin elegancia!

¡Qué botas tan empolvadas!

¡Qué guantes con tantas arrugas!

¡Ninguno era él!... ¡Ninguno era su tipo!

Llegó la noche, y entonces redobló su cuidado; pero todos los que iban y venían, caminaban aprisa sin detenerse en sus rejas, ni tremolar un pañuelo blanco, á falta de plumaje ó airon en el sombrero, como los antiguos caballeros que venían de noche al pié de los castillos, á ver una sombra en las almenas, que era sin duda la prenda de su amor.

¡Dichosos tiempos en que un hombre andaba muchas millas, y se esponía á las flechas ó las balas de los servidores de la encumbrada señora de sus pensamientos, solo por ver flotar su velo en una torre, ó ver la lejana luz de su aposento!

¡Me atrevería á apostar á que hoy no abandona un hombre su cómoda butaca ó su blando lecho, por nada que trascienda á platonismo desde cien leguas!

Desde que las mujeres sonrien demasiado, los hombres se han vuelto serios.

Desde que ellas se han encargado de pasar malos ratos, asistiendo á bailes, á paseos, y á todos los sitios públicos donde pueden hallar sus amantes, ellos se han retraído, diciendo lo que aquel buen mozo andaluz: — «¡Que penen las picaronas!»....

Lo cierto es que el suspirado tipo de Elena no pareció; pero á los dos días, muy de mañanita, se encontró un ramo de flores en el balcón de su gabinete con un billete en el centro, escrito en un papel más bonito que el raso. Le abrió, y también eran versos:

Linda sultana del alma mía,
Por ti suspiro de noche y día,

Por ti encendida de amor mi alma
Ya no reposa, no tiene calma.

—
Dime, lucero de mis amores,
Más bella y pura que son las flores
Tu alma sincera, tu mente inquieta,
¿Ama los versos de su poeta?

—
Vivo sin alma; pues tú la tienes
Y mi entusiasmo que son mis bienes;
Mas si me amas, llegará un día
Que al mundo asombre con mi poesía.

—
Que el vate brilla, coge laureles;
Y el pintor triunfa con sus pinceles,
Cuando una bella, dulce y constante,
Le dice tierna:—¡Yo soy tu amante!

(Se continuará.)
ROGELIA LEON.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Subasta del Coliseo del Príncipe.—**El que no la corre antes....** comedia en tres actos, en verso original del Sr. Mozo de Rosales.—Estrenos en Jovellanos.—Teatro de Oriente,

El Ayuntamiento de Madrid en plena sesión ha acordado adjudicar gratis el teatro del Príncipe á la empresa que presente el mejor cuadro de compañía. Esta determinación, en nuestro concepto, merece grandes encomios, y es efectivamente una gran muestra de ilustración que enaltece á la corporación municipal de la coronada villa. Réstanos solo consignar algunas brevísimas observaciones.

Aplaudimos desde luego sin reserva la determinación precedente, porque la juzgamos favorable á los intereses legítimos del arte dramático; pero hubiéramos deseado que la corporación municipal de Madrid hubiera sido más explícita en lo que atañe al criterio que se propone establecer para calificar el mérito de las compañías que hayan de aspirar al insigne favor de ser agraciadas en este acto, que tiene más bien carácter de certamen artístico que de licitación. Decimos esto, porque si el Ayuntamiento se propone encomendar á hombres nulos é incompetentes en materia de arte la tarea de valorar el mérito de los aspirantes, es muy posible tengamos que lamentar alguna decepción, y nos hallemos defraudados en nuestras mejores esperanzas.

Lo más sensato, lo más juicioso, lo más conveniente sería que el Ayuntamiento, en plena sesión también, nombrara una comisión, formada de un número prudente de autores dramáticos, elegidos entre los más aventajados. Haciendo esto, es casi seguro el buen éxito de la empresa.

Adjudicado el teatro en la forma que se pretende, hay derecho á exigir á las empresas un personal selecto, ó, mejor dicho, notable, el cual puede muy bien ser recabado de los actores de reconocido mérito que recorren nuestras provincias con tan buena fortuna. Además, puede exigirse también que los espectáculos se pongan en escena con la debida propiedad, tanto en la parte del decorado como en la del vestuario y demás accesorios.

Sería también de desear que, á fin de prevenir el abuso, se fijara á la empresa un número de obligaciones imprescindibles, destinadas á la conservación del coliseo, á las reformas materiales que conviniera practicarse en él, á la restauración de las telas, y aun á la adquisición de algunas nuevas que aumentaran la dotación de las que ya existen. Esta previsión está en perfecta consonancia con las leyes de la prudencia.

Puesto que aun hay tiempo, deseáramos también que la ilustre corporación municipal fijara su atención en un pensamiento elevado y trascendental que han apuntado ya algunos de nuestros apreciables colegas, y al cual nos adherimos con íntima satisfacción.

El coliseo del *Príncipe*, representa toda una tradición magnífica de gloria en los anales del arte dramático. En él ha resonado la dulcísima inspiración de la musa de los siglos XVII y XVIII, en él se han estrenado aquellas colosales producciones que como otros tantos manantiales de luz y de belleza multiplicaron los raudales del sentimiento del mundo civilizado; en él, en fin, se encendió la primitiva antorcha del progreso, cuyas centellas cayeron sobre el dolorido centro de las inteligencias, inundándolas de júbilo y alborozo. Sería, pues, de desear, que se consagrara á esa tradición un tributo de veneración y de respeto, poniéndola á cubierto de la invasión de la musa traspirenaica.

Doloroso es considerar que el antiguo corral de la Pacheca, favorecido en épocas mejores por el genio de nuestros principales dramáticos, no haya alcanzado en el presente un privilegio que destierre de su ámbito las obras de pega que se fabrican en el vecino

imperio, y que nos propinan en dosis exorbitantes nuestros infatigables mamarrachistas. Si fuera del caso hacer una estadística de las obras puestas en escena por las diversas empresas que han tenido á su cargo aquel coliseo, hallaríamos que la mayor parte son extranjeras. Esto es digno de lamentarse.

Reservamos nuestros aplausos ó nuestras censuras para el día en que se haga la adjudicación. Entonces examinaremos el acto con imparcialidad y justicia, y emitiremos de igual manera nuestro leal parecer.

Escasas son las novedades dramáticas de que tenemos que dar cuenta á nuestros lectores.

En *Varietades* se estrenó el sábado una agradable comedia en tres actos, original del Sr. Mozo de Rosales, cuyo título es: *El que no la corre antes....* Es una obra de fácil diálogo y de escaso enredo, cuya versificación cautiva en algunas tiradas, dejando admirar en determinados momentos alguno que otro toque delicado, y chistes de un gusto cómico superior. Las pretensiones modestas de esta comedia impiden á la crítica tratarla con severidad. El señor Rosales es un laborioso poeta, y á medida que se detenga á meditar sus planes y á castigar su estilo, sometiendo al poder de la lima las concepciones de la imaginación acalorada, podrá evitar los escollos que se le presenten, y arribar á puerto de salvación. En su última comedia, más bien episódica ó convencional que realista, no resulta justificado el título. Por lo demás, reúne condiciones muy apreciables. Los actores de aquel desventurado coliseo no la interpretaron bien. ¡Cómo se hace sentir allí la ausencia y la enfermedad de Romea! De todos modos, la señorita Berrobiano y el Sr. Oltra estuvieron en carácter, demostrando este que es un actor de conciencia.

De *La Sombra de Nino*, zarzuela en un acto, estrenada la misma noche en el coliseo de Jovellanos, no podemos hacer mención sin lastimar á su autor. Es una obra mediocre é incipiente, que se oyó bostezando. Distinta suerte alcanzó una comedia en dos actos arreglada del francés por el Sr. Tavira, nominada *Los Pavos reales*.

El pensamiento de esta comedia es bueno, y está escrita con espontaneidad y soltura. Abunda en sales cómicas de buen género, y consiguió agradar á la concurrencia. En la ejecución se distinguieron mucho la Sra. Valverde y Mario.

El empresario del Teatro Real, Sr. Bagier, sigue

cumpliendo regularmente los compromisos contraídos con los abonados y el público, dando alguna variedad á las óperas ya conocidas. El martes se cantó por última vez la festiva ópera de Flottow nominada *Martha*, en la cual alcanzó numerosos aplausos el Sr. Mario en compañía de la Sra. Lagrange. Lástima da ver á aquel distinguido artista luchando con la naturaleza que le niega ya las hermosas facultades que poseyó en otro tiempo. Á pesar de todo, es preferible oír á este maestro del canto, que á otros tantos tenores que no saben más que lanzar descompasados gritos, sin haber saludado siquiera la clásica escuela de canto italiana.

Con la ópera *Favorita* que el Sr. Mario escogió para despedirse del público madrileño ha terminado dignamente su compromiso en esta corte, debiendo marchar muy en breve á entusiasmar á los *dilletanti* de la Gran-Bretaña.

LEANDRO A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

¿Quién es capaz de adivinar las modas de estío para poder dar detalles positivos acerca de ellas? Aun no se han diseñado las primaverales; las rosas no tienen todavía capullos, y las elegantes deberán hallarse ya convenientemente ataviadas para cuando llegue el caso de cogerlas.

Aventurando nuestras previsiones, daremos á las bellas la buena nueva de que se mantendrán los cuerpos á cinturón, y que este será perlado de maravillas en pasamanería.

Continuarán las mangas justas, bien entendido para traje de mañana, porque siguiendo en nuestras previsiones, todo vestido algo elegante deberá llevar cuerpo escotado y naturalmente mangas cortas.

Por lo concerniente á la proscripción de la crinolina no hay para qué ocuparse de ello; la crinolina se ha instalado enérgicamente, y sus numerosos contrarios tendrán que aguardar largo tiempo antes que triunfar sus ideas.

Las faldas serán siempre formando cola, pero como nunca drapeadas sobre elegantes enaguas.

Las confecciones prometen ser escesivamente cortas; verdaderos paletots vestas, sobre todo en trajes de mañana, y por supuesto iguales al vestido,

Réstanos hablar de los sombreros, que van disminuyendo por más que parezca imposible, y solo serán simples fanchons de paja, un palmo de anchos; sembrados de perlas de acero, y adornados por detrás, ya con encaje para las que retroceden ante su modicidad, ó con una simple flor para las que no temen ostentar toda su cabellera. Aparte de todo, estos sombreritos son sumamente graciosos y maravillosamente coquetones.

Adelantémonos á dar algunos conjuntos de toilettes que convendrá á las mil maravillas para la media estacion.

Figura uno en primer término de tafetan gris, con un volante bastante alto en el bajo de la falda, superado de un entredos en pasamanería perlada. En cada pliegue del volante descende una muletilla de pasamanería. Cuerpo alto con aldeta cuadrada y mangas justas con iguales aplicaciones.

Otro elegantísimo en point de soie de lindísimo azul nuevo, confeccionado á dos faldas, guarnecidas en el bajo con una série de ramilletes bordados en seda blanca. Además termina la segunda falda con una ancha franja thibet blanca. Cuerpo alto adornado de ramilletes bordados simulando vesta; largo cinturón en conexión anudado por detrás y terminando en dos largos cabos guarnecidos de franja thibet: mangas de codo.

El último es más sencillo en tafetan negro, simplemente adornado el bajo de la falda con tres vieses de tafetan blanco fijos con azabache negro. Sobre el cuerpo alto describen iguales vieses un corselillo bearnés. Mangas justas con vieses en las sisas, y cinturón de tafetan blanco claveteado de acero.

Esperamos poder ofrecer en el número siguiente, gran cosecha de novedades á nuestras favorecedoras.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de *point-de-soie*, color marrón, adornado en el bajo de la falda por un terciopelo ancho y una blonda de guipur. Cuerpo con aldeta formando cañones y rodeados de un terciopelo negro que rodea los dos lados del cuerpo por delante. Camiseta suiza en muselina y corselillo de terciopelo que tiene al lado izquierdo dos largas caídas que descienden por debajo de la aldeta y están guarnecidas de guipur. Sombrero fanchon de terciopelo *epingle*, adornado de una sola pluma; interior-

mente estrellas de nácar sobre un bandó de terciopelo encarnado.

Segunda figura. Vestido *moiré* gris ceniza, sembrado de mariposas azules y drapeado dos veces en cada lado por hebillas de pasamanería con borlas. La falda de debajo de glasé azul adornada con volantes plegados. Cuerpo con aldetas abierto sobre un chaleco de raso azul con bolsillos, y botones de terciopelo. Manga estrecha, adornos de pasamanería. Sombrero de tul adornado de plumas y terciopelos. Manton de cachemira bordada guarnecido de guipur.

Tercera figura. Niño de cuatro años, pantalon y blusa de terciopelo, adornados de botones de acero: botas rusas.

Esplícacion del pliego de lencería que repartimos con el número anterior.

Sombrero de raso adornado de plumas color lila, y de gafetes de terciopelo; una hilera de gruesas perlas adorna el borde del ala; flores interiormente, y dobles caídas de raso y terciopelo.

Sombrero de crespon bullonado con traviesas de terciopelo, lazos de terciopelo encarnado y cintas iguales; flores figurando bavolet.

Gorra catalana de tul, rodeada de blonda y adornada con cintas y lazos de terciopelo, color de rosa.

Gorra con fondo flojo de tul, doble fanchon de tul moteado; por delante guarnición en forma de abanico, cortado por gafetes de cinta azul; una cinta igual atraviesa lo alto y baja en caídas. Arriba una rosa, y dos encima de la oreja izquierda.

Cuello de muselina con caídas bordadas encima de unas cintas verdes. Manga adornada de entredos y bullones de cinta.

Cuello de tela que concluye en puntas; una cinta dorada pasa por debajo; manga parecida.

Fichú alto de tul moteado, adornado con guarniciones de diferentes tamaños; una cinta azul le rodea y termina con lazos y cabos guarnecidos.

Cuerpo alto de muselina, adornado de entredos y bullones de cinta rosa, y guarnecido de blonda en la pechera, las mangas y las hombreras.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redacción y Administración

Concepcion Geronima N°13 Pral Derecha

Ayuntamiento de Madrid

